

Era 2 de febrero, la gente se estaba muriendo, estaba sufriendo, nadie sabía qué hacer, ni cómo curarlos. Yo estaba encerrada en mi cuarto, asustada, sin saber que había hecho para causarlo. Solo me quedaba callarme y hacerme la sorprendida con todo.

Todo empezó el 6 de enero, cuando fui a la fiesta a la que estaba tanto deseando de ir.

Era la una de la mañana cuando empecé a encontrarme mal, no sabía cuánto había bebido, me dolía la cabeza a reventar, y decidí irme a mi casa. Estaba tan mal que me empecé a tomar todas las medicinas que veía y me fui a la cama. Al día siguiente cuando me levanté me tomé las mismas medicinas que el día anterior ya que estaban encima de la encimera. Esto me pasó también las dos semanas siguientes.

Un día salí con unos amigos y uno de ellos se empezó a sentir mal, tenía los mismos síntomas que yo estaba teniendo estos días atrás, y de repente se desmayó. Llamamos a la ambulancia y otro se empezó también a sentirse mal. Los médicos estaban asustados, nunca habían visto nada parecido. Al día siguiente nos comentaron que no sabían qué tenían y que no habían podido salvarles, no lo podía creer, se habían muerto. Estaba destrozada.

A la semana siguiente empezaron a venir más casos como estos y a morir más gente. Cada día venían más hasta llegar a cientos de personas con estos síntomas y en grave estado.

Yo ya estaba bien, no quería decir nada ya que me sentía culpable por lo que estaba pasando. Los científicos estaban locos buscando la solución para esto, y los informativos nos comunicaban que tuviéramos mucho cuidado ya que no sabía por qué se estaba provocando esta superbacteria.

VALENTINA TERÉÑEZ MITGE
3.º de ESO A